

LA GENERACIÓN DEL PLURI EMPLEO

Un retrato colectivo de los jóvenes que entran a un mundo laboral fluctuante, donde ya no existe el concepto del “trabajo para toda la vida” y los empleos se van combinando, pacientemente, como las piezas de un rompecabezas.

Leila Torres

Nació en Buenos Aires en 1996. Es librera en Feria del Libro El Aleph y está finalizando la Licenciatura en Comunicación Social en la Universidad de Buenos Aires.

En Argentina, al igual que en el resto de los países de América Latina y el Caribe, la diversificación de los rubros y las diferentes modalidades de empleo se vuelven moneda corriente en un mercado laboral fluctuante en el que la posibilidad de ingreso se vuelve un gran desafío. El trabajo —a diferencia de generaciones anteriores— ya no se concibe para toda la vida y se naturalizan empleos rotativos en un contexto de altas tasas de desocupación, en las que las consignas de “sé tu propio jefe/jefa” cada vez cobran mayor protagonismo, escondiendo condiciones de desprotección laboral.

¿Qué obstáculos enfrentan los y las jóvenes a la hora de ingresar al mercado laboral por primera vez? Para Daniel Giorgetti, profesor en Historia del Movimiento Obrero de la carrera de Relaciones del Trabajo en la Universidad de Buenos Aires (UBA), es importante primero aclarar “de qué hablamos cuando hablamos de juventud”. “Para caracterizarla como actor colectivo hay muchas variables como la situación de clase, el lugar donde vive, el acceso a servicios, el origen étnico. Hoy se habla de juventudes en la mayoría de los trabajos académicos, porque el simple recorte etario es insuficiente para caracterizarla”, explica Giorgetti.



El trabajo —a diferencia de generaciones anteriores— ya no se concibe para toda la vida y se naturalizan empleos rotativos en un contexto de altas tasas de desocupación.

Con esta observación presente, el Doctor en Ciencias Sociales e investigador en el CONICET, Rodrigo Reynaldo Carmona, plantea que “los principales desafíos que enfrentan los jóvenes se manifiestan principalmente en la cantidad de puestos de trabajo disponibles para su inserción, como en la calidad de los empleos a los que acceden”. A ello se agregan requerimientos técnicos y de formación cada vez más estrictos en un marco en el que muchos jóvenes no trabajan ni estudian —los denominados “nini”—. Por lo tanto, “el reto es cada vez mayor”, explica Carmona.

El investigador observa que “estas tendencias se acentúan en términos de género, con lo cual los índices de desocupación en mujeres jóvenes son mayores a los de los jóvenes varones”.

La Doctora en Ciencias Sociales y socióloga Mariana Adamini plantea que, en términos generales, existe una situación diferencial respecto a los y las adultas porque la juventud “no cuenta con la experiencia y el desarrollo de las calificaciones y competencias que son demandadas en el mercado de trabajo”.

“La mayor precariedad —que significa, entre otros factores, condiciones de trabajo en negro y salarios menores— tiene como consecuencia una mayor inactividad por parte del sector juvenil. Esta mayor inactividad a veces se da por desaliento, ante las dificultades para ingresar al mercado de trabajo”, puntualiza Adamini.

Además, se añade otra variable: la situación del aprovechamiento por parte de los empleadores que se refleja con mayor claridad en situaciones de crisis. “Los jóvenes son la principal variable de ajuste en las crisis económicas, por ser empleados que cuentan con menor actividad: acceden a puestos laborales más precarios, entonces son quienes salen del mercado de trabajo”, asegura la Doctora en Ciencias Sociales.

Por otro lado, “no es lo mismo pensar en el ingreso al mundo del trabajo de jóvenes de sectores populares que jóvenes de clase media”, advierte Adamini. De esta manera, un joven de clase media puede ingresar al mercado laboral a partir de referencias familiares o de contactos en un ambiente compatible con el desarrollo de una carrera universitaria, por la flexibilidad de tiempos que le dan. “Muchas veces ese joven no vive del trabajo sino que es una ayuda en su proceso de emancipación adulta”, explica Adamini.

Sin embargo, “los jóvenes que provienen de sectores populares tienen que salir al mercado de trabajo, abandonar los estudios y eso los expone a una situación de empleos menos calificados, menos remunerados, con peores condiciones de trabajo, en los que muchas veces también los propios contactos los conducen a empleos de una carga laboral extendida”, plantea Adamini. Esta experiencia, celebra esta investigadora, no resulta siempre determinante.



“Al contrario, se ven experiencias constantes de transformación de las propias condiciones de partida y es justamente eso la celebración del carácter vivo de nuestra vida social y del carácter político y transformador que tienen las políticas públicas de promover la terminalidad educativa o la inserción laboral que compensen estas desigualdades de origen en la carrera laboral”, afirma.

Las diferentes dinámicas que aparecen en la juventud con respecto a los adultos también se plasman en las maneras de concebir el trabajo. “Los sentidos sociales, como percibimos el mundo no son hechos personales, a pesar de que lo consideremos así”, cuestiona Adamini. Así, el mundo del trabajo en el que se encuentra la juventud es muy distinto al de sus padres y abuelos. “Antes había una mayor incidencia del empleo clásico (el industrial), a tiempo completo. No es que no existiera el empleo informal, eso es una constancia histórica, pero esa incidencia de mayor protección social, de menor empleo en negro, generaban también una percepción del trabajo diferente a la que es hoy en día”, analiza la investigadora.

“Hoy nos encontramos con situaciones de empleo volátil. Tuvimos dos picos de desempleo, en la pandemia y durante el gobierno de Mauricio Macri. Esta situación de mantención de la precarización laboral —que comienza a avanzar desde los años noventa en el marco de la flexibilización laboral, legitimada por leyes— continúa, pese a las mejoras en las estadísticas laborales que hubo entre el 2003 y 2010”, establece Adamini. De esta manera, los jóvenes piensan el trabajo en función al contexto que atraviesan, y lo entienden ya no como un empleo a tiempo completo que permita proyectarse a futuro o donde impulsar una carrera. Las experiencias que imperan, según la socióloga, son de “una amplia rotación laboral, no solo por la propia voluntad sino por el propio dinamismo del mercado del trabajo y la volatilidad del propio sector empleador”. “Se piensa en atravesar distintas experiencias laborales y también ese empleo exige una actualización constante en función al cambio del mundo del trabajo”, observa. Por otro lado, las consignas de “sé tu propio jefe” —que cada vez tienen más peso en el marco de las facilidades que traen las plataformas y redes sociales— sitúan al joven trabajador como “artífice de su propia situación de empleo”.

Para Giorgetti, “el discurso del emprendedor solitario, o de la emprendedora solitaria, tiene el aspecto positivo de animar a que chicas y chicos se formen, se esfuerzan y se organicen para conseguir objetivos”, pero a su vez, “deja de lado las estructuras sociales y las condiciones económicas que influyen, y en algunos casos, determinan su evolución”. Además, concluye el profesor, “ignora la necesidad de políticas públicas que den recursos educativos y atiendan necesidades básicas para que la mayoría de las y los jóvenes puedan plantearse un futuro”.

“Los jóvenes que provienen de sectores populares tienen que salir al mercado de trabajo, abandonar los estudios y eso los expone a una situación de empleos menos calificados, menos remunerados, con peores condiciones de trabajo”, plantea la socióloga Mariana Adamini.



TESTIMONIOS

Hablamos con cinco jóvenes de distintas disciplinas y orígenes que nos contaron su recorrido laboral, todavía reciente, pero ya profuso en cambios, trabajos simultáneos o de vida breve. Mientras hacen sus primeras armas en un mercado en crisis, buscan acercarse, a través de las universidades, a un objetivo muy claro: trabajar de aquello que estudiaron. Les preguntamos acerca de su primer trabajo, cómo equilibran estudio y trabajo, a qué se dedican sus padres y cómo se ven en el futuro. Una ventana abierta al día a día de una generación que está en pleno proceso de crecimiento.

Sol Lázaro

Estudiante del Profesorado universitario de Letras UNAHUR.

Sol es acompañante terapéutico de un señor y también hace tratamientos capilares estéticos, pero en menor medida por una cuestión de tiempos. Congeniar dos trabajos y el profesorado no es tarea fácil. “Equilibrio no tengo, pero logro organizar los tiempos entre la universidad, el trabajo fuera de casa y dentro de ella con una agenda y mucha rigidez”, dice entre risas.

“Este mes comienzo como ‘estudiante asistente en Universidad Nacional de Hurlingham’, cuenta Lázaro y destaca que su decisión de tener muchos empleos no fue premeditada, sino que surgió por necesidad: “Soy mamá autónoma, entonces el único ingreso para el alquiler, la comida, la ropa, etc. sale solo de mí. No queda otra que buscar otras fuentes de ingresos cuando no alcanza”.

Sus padres no trabajaron en tantos rubros ni sostuvieron varios empleos en un mismo momento. Su mamá fue empleada en una estación de servicio desde los 18 hasta los 24 años, y después fue ama de casa. “Ese empleo no remunerado que nos toca a veces”, cuenta reflexiva. El primer trabajo de su papá “fue en una remisería”, y luego se mantuvo en rubros relacionados con el transporte.

Sol señala que los obstáculos al ingresar al mercado laboral fueron “el adultocentrismo” y que las ofertas “buscaban personas de 18 a 21 años con cinco años de experiencia”. “Es un poco descabellado”, observa.

Aunque no se imagina trabajando para toda la vida en los puestos en los que se desempeña actualmente, ser estudiante asistente la acerca a lo que quiere. “Me quiero dedicar a enseñar”, concluye. ■

Carla Di Palma

Estudiante del Profesorado universitario de Letras UNAHUR

Carla se encuentra a tres materias de finalizar la Licenciatura en Letras en la Universidad Nacional de Hurlingham, y hace cuatro años que trabaja en escuelas secundarias de este municipio. “Hasta que no fui madre no decidí terminar el secundario. Cuando me recibí, y habiéndome separado, me puse a trabajar con mi viejo. Al año siguiente, abrió Universidad Nacional de Hurlingham y lo primero que hice fue anotarme, así que soy parte de la primera camada”, relata Carla.

“Trabajé en el plan FinEs (el programa de Finalización de Estudios Primarios y Secundarios) y acabo de terminar mi segunda asistencia en la materia “Pedagogía I” como parte de un rol nuevo que surgió en esta universidad hace cuatro años”, cuenta Carla. “Se llama ‘alumnos asistentes’ a aquellos ayudantes de prácticas que estén orientados a acompañar a estudiantes de primer año”, explica Carla. Además, es becaria CIN por el Consejo Universitario Nacional a partir de una beca estímulo a la vocación científica y se desempeña como investigadora en un grupo con la doctora Cecilia Perczyk. “Aparte de todo eso, trabajo dando clases particulares en algunos tiempos libres que tengo y doy talleres de escritura creativa, de manera informal, con una amiga que se llama Virginia Tello”, cuenta.

Como parte de su trabajo cotidiano, Carla también es poeta y música. “Cada tanto me junto a ensayar y realizo shows. Esto se dio con más dificultad el último tiempo, porque estoy terminando la facultad, pero es algo que hago hace muchos años también”, precisa. ■

Ramiro Núñez

Licenciado en Comunicación Social
UNQUI.

Ramiro es Licenciado en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Quilmes y, actualmente, trabaja en el rubro de la gastronomía como pizzero en un restaurante en España. Antes, se desempeñó en distintos rubros: gastronomía, comercio, transporte, turismo, informática y consultora de ingeniería industrial. “Pero en principio me dediqué a la cocina”, cuenta Ramiro.

Los desafíos que encontró al ingresar al mercado laboral en el extranjero, una vez que emigró, dice Ramiro, “fueron dados por el contexto”. “Busqué trabajo en el verano de Europa, de 2020, posterior a la cuarentena. Había muchos rubros, como el gastronómico, que se habían visto muy golpeados por los cierres y conseguir me costó”, recuerda, y agrega con cierto pesar: “Fueron épocas de mucha desestabilización”.

Otra de las dificultades fue el idioma: “Vivía en una ciudad puramente catalana donde para trabajar, en casi todos los lugares, te pedían catalán. Lo entendía pero hablarlo me costaba”, explica.

“Mi principal responsabilidad siempre fue la universidad. He rechazado ofertas porque coincidían con los horarios de cursada y, aunque no me sobraba nada de dinero, siempre priorice los estudios”, cuenta Ramiro sobre cómo combinó su trayectoria universitaria con los distintos empleos.

Hasta el momento, no pudo ejercer algún trabajo relacionado a su título pero aún persigue ese objetivo. “Nunca descarté seguir estudiando, ya sea un máster, posgrado o doctorado, para complementar los estudios, y así tener más y mejores oportunidades laborales”, dice. ■

Déborah Hedges

Docente del Profesorado universitario de Letras
UNAHUR

Déborah Hedges da clases, tanto en escuelas secundarias y universidades como en espacios no formales. Su primer trabajo fue de moza en un salón de fiestas infantiles, junto a otros compañeros de su curso.

De sus primeros acercamientos al mercado laboral recuerda que “en internet había muchas páginas de empleo pero nadie te explicaba bien cómo funcionaban”. Además, cuenta que “no tenía casi ninguna experiencia para poner en el CV y eso hacía que todo se volviera más difícil”. “Así que empecé a hacer cosas que veía que otra gente hacía en la facultad, como desgrabar clases, entrevistas o conferencias de personas que investigaban en la facu”, relata.

Para Déborah “es casi imposible en el rubro docente tener un solo trabajo”. Entonces, decidió “trabajar como secretaria y como docente con monotributo en una facultad y en blanco en la Provincia de Buenos Aires, hasta que finalmente dio el salto”, según cuenta, para trabajar sólo enseñando y obtener otros ingresos de clases particulares y talleres.

La docente cuenta que siente ansiedad y estrés todo el tiempo. “Tengo muchas personas a quienes reportarle mi trabajo”, dice. “Por un lado, los requerimientos de los estudiantes pero también, en cada institución en la que trabajo, hay una autoridad a la que respondo”, explica.

“Lo mismo sucede con el tema de los cobros. Es estresante tener que trabajar, además de dando clases, gestionando todos los trabajos y sus contabilidades”, concluye. ■

Nahuel José Nicolás Weimer

Docente de inglés en educación secundaria

Nahuel es docente de Inglés en escuelas secundarias y trabaja en la Universidad Nacional de Hurlingham como investigador de grado becado. “Hasta la última cursada de verano, fui ‘estudiante asistente’ y mantenía estos tres ejes laborales”, cuenta Nahuel.

Él considera que “hay una tendencia social de resumir el trabajo docente a impartir clases, pero hay mucho también que lo rodea: son reuniones, debates, revisión bibliográfica, armado de actividades, planificaciones anuales o semanales, armado de evaluaciones, corregir”.

Además, implica “estar en constante desarrollo y capacitación” para “poder armar un lazo entre estudiantes y el o la docente, como parte de una construcción colectiva”, afirma.

En la investigación, Nahuel lleva adelante cursos, seminarios, conferencias y lecturas y también realiza entrevistas, desgraba y escribe documentos relacionados con el proyecto.

Pese a la gran cantidad de tareas, cree que ha encontrado “un buen balance entre ambos ejes, la docencia y la investigación”.

Sus primeros acercamientos a lo laboral se remontan a su adolescencia. “Íbamos a Once con una amiga a comprar ropa interior y bijouterie, y la vendíamos en la escuela para, de a poco, tener nuestros pesos”, recuerda.

“Es algo muy peculiar. La generación de nuestros padres tenía que salir a trabajar para ayudar a sus familias y llevar un plato de comida a la mesa, y nosotros salimos a trabajar o a changuear, de alguna manera, para poder comprarnos lo que quisiéramos”, reflexiona Nahuel. ■